

JOHN K. COOLEY

Las lecciones de la guerra de Afganistán

En la campaña militar contra Afganistán desencadenada tras los ataques terroristas del 11 de septiembre, EEUU, en una nueva guerra por delegación, prestó su apoyo a la Alianza del Norte como anteriormente lo había dado a las milicias afganas antisoviéticas de las que surgieron los talibán y Bin Laden. Las sociedades y Gobiernos, tanto del mundo occidental como del islámico, han sufrido enormemente por su descuido y falta de discriminación a la hora de escoger y conservar a sus aliados. Lo acontecido en el sur de Asia a partir de la invasión soviética de Afganistán tiene hoy consecuencias para todos. Un intento de evitar los errores históricos de la política de EEUU en el sur de Asia pasaría por una voluntad firme de resolver el conflicto que enfrenta a Israel y a la Autoridad Palestina y por una estrategia política de reforma económica, ayuda al desarrollo y promoción de los derechos humanos en la región. Este texto es un extracto del libro "Guerras profanas" de John K. Cooley editado por Siglo XXI, Madrid, 2002.

Las lecciones de la segunda guerra de Afganistán, desencadenada por el peor ataque terrorista que se recuerda en la historia, han sido numerosas y amargas para todos los implicados. Estas lecciones —militares, políticas, históricas y, por encima de todo, humanas—, o al menos la mayoría de ellas, fueron similares a las de la guerra y *après guerre* de 1979-1989: el riesgo que supone el empleo de mercenarios díscolos como combatientes interpuestos; la hostilidad, indiferencia o apoyo inconstante de buena parte de las clases más desfavorecidas entre los más de mil millones de musulmanes del mundo; los fracasos de la inteligencia occidental a la hora de comprender los movimientos terroristas islámicos o de predecir con precisión sus acciones.

La financiación de la *yihad*

“El dinero sin límites” dijo el estadista romano Cicerón, “constituye el vigor de la guerra”. Hasta el abandono de Afganistán por los últimos soldados soviéticos en

John K. Cooley es periodista experto en Oriente Próximo y Norte de África. Ha trabajado para *NBC News* y *The London Observer*, entre otros medios de comunicación. Desde 1981 ha sido corresponsal de *ABC News* en Oriente Próximo. Ha escrito varios libros sobre el tema

febrero de 1989, para ganar la guerra se habían gastado sumas de dinero cuantificables en miles de millones de dólares, por no hablar de más de un millón de vidas humanas.

Además de los fondos de la CIA y la generosidad de los jeques, reyes y financieros árabes, otras muchas fuentes habían hecho que la continuación de la revuelta islamista y su exportación a todo el mundo se autofinanciara mucho antes de la victoria. Estaba la rentable compraventa de armas, desde fusiles a misiles Stinger, y de mercancías de todo tipo donadas a los combatientes y a sus protectores paquistaníes, que a menudo acababan en manos de vendedores de armas. Para cuando empezaron a pelearse y a masacrarse los unos a los otros tras la retirada soviética, algunos de los líderes árabes victoriosos habían construido ya una red mundial de tráfico de drogas. Para los cárteles de la droga y los traficantes de Oriente y Occidente, los países productores de opio de la Media Luna de Oro —Afganistán, Irán y Pakistán— se habían convertido en una especie de cueva de Aladino, llena de riquezas de proporciones casi colombianas. Estas riquezas desempeñaron una doble función. En primer lugar, contribuyeron a financiar guerras de guerrillas y acciones terroristas en Argelia, Egipto, Bosnia, Kosovo, Cachemira, Filipinas y otros lugares. En segundo lugar, garantizaron a un puñado de líderes de la internacional terrorista posterior a 1990, los generales y peces gordos del terrorismo mundial, ingresos fabulosos y lujosos estilos de vida.

En EEUU, la financiación oficial de la *yihad* había tenido un arranque lento. La CIA y otras agencias implicadas se topaban con problemas y restricciones a la hora de hacer uso de los abundantes y secretos fondos del Pentágono, el llamado “presupuesto negro”. Desde el primer año del mandato de Ronald Reagan hasta 1990, ese presupuesto se cuadruplicó, hasta llegar a alrededor de treinta y seis mil millones de dólares al año. Buena parte de ese dinero se empleaba en programas secretos de armas, algunos de los cuales jamás vieron la luz del día, y otra parte se utilizaba para financiar las guerras clandestinas en Afganistán y América Central.

La financiación oficial del Gobierno estadounidense, aportada por la paciente y patriótica masa de contribuyentes, no era suficiente para el presidente Ronald Reagan, como no lo fue para el presidente George Bush (que había sido director de la CIA). Afortunadamente, pensaban, el reino de Arabia Saudí estaba poniendo, dólar a dólar, la misma cantidad que EEUU. Además, había millones y millones de dólares de financiación adicional privada de origen árabe. Visto retrospectivamente, la combinación de capitalización pública y privada de los saudíes fue decisiva para financiar con éxito la guerra. Fue reemplazada por la financiación privada por parte de fanáticos millonarios y multimillonarios como Osama Bin Laden, que buscaban un triunfo global del islamismo.

A mediados de la década de 1990, la ayuda estadounidense a los “guerreros santos” afganos era ya sólo un lejano recuerdo. Pero la continuación de la *yihad* después de 1989 en Egipto, Argelia, Filipinas, Nueva York, París y otros centros de los mundos musulmán y occidental seguía siendo financiada por Osama Bin Laden y otros personajes de menor estatura que habían privatizado el terrorismo mundial y lo habían convertido en una gran empresa. Una de las mayores amenazas de este proceso de privatización fue la financiación de la *yihad* y la violencia que la siguió mediante el cultivo, el procesado y el tráfico mundial de drogas.

El rastro de los veteranos de guerra afganos

Los catastróficos ataques al World Trade Center de Nueva York y al Pentágono en Washington por parte de secuestradores suicidas el 11 de septiembre de 2001 constituyeron el terrible clímax de una serie de atentados contra EEUU durante la década de 1990. Estos fueron planeados, orquestados, y en algunos casos ejecutados, por veteranos de la guerra de Afganistán de 1979-1989, entrenados por la CIA o por otros adiestrados o influenciados por ellos.

¿Debía librarse la guerra sólo contra las tropas de Bin Laden y sus protectores talibán? ¿Qué había del ejército y de la inteligencia de Pakistán, responsables de la creación de los talibán, que tanto tiempo llevaban cerrando al menos un ojo a las actividades de Bin Laden? ¿Había que atacar a Irak y a su gobernante, el presidente Sadam Husein, que se reía prácticamente a diario de EEUU, sus líderes y policías, y juraba saldar cuentas con Israel tan pronto como dispusiera de bases en la vecinas Jordania o Siria para atacar al Estado judío? Y en el caso de otros países musulmanes, incluso aliados como Arabia Saudí, que habían apoyado a los veteranos afganos, ¿debían ser también perseguidos y destruidos?

En lugar de partir hacia Islamabad o el norte de Afganistán con los corresponsales de café o los situados en primera línea en el territorio de la Alianza del Norte, el autor, como cientos si no miles de otros periodistas de todo el mundo, se unió a la búsqueda de información acerca de los terroristas que habían planeado y perpetrado los ataques de septiembre. La investigación me llevó a Londres, París, Hamburgo, Munich, Roma y Milán. Contribuyó a confirmar la tesis de este libro, que la recrudescida violencia y el nuevo conflicto eran ambos, a todos los efectos, consecuencia directa de las decisiones políticas tomadas por la Unión Soviética y EEUU durante la guerra fría: la invasión de Afganistán por parte de Moscú en 1979; la decisión de EEUU y una serie de aliados —atendiendo cada uno a sus propios planes y agendas— de responder a esa invasión desencadenando una guerra por delegación (librada por los mismos afganos y por miles de voluntarios musulmanes mercenarios, reclutados en todo el mundo para acudir en su ayuda y acto seguido manipulados, más por Pakistán, para sus propios fines, que por la CIA, que había concebido y planeado la operación). La actual guerra, no obstante, era más obra de una nueva modalidad de jóvenes tranquilos, discretos, bien formados y a veces incluso ricos, que de otros a menudo apenas educados, en su mayoría procedentes de las escuelas religiosas paquistaníes, los centros de entrenamiento para la guerrilla de la CIA gestionados por el ISI, o los ubicuos campamentos de la red de Osama Bin Laden. La investigación descubrió rastros de los conspiradores antes de su viaje a EEUU, para unirse a otros que ya estaban allí, en prácticamente todo el continente europeo.

En su nueva guerra contra el terrorismo, EEUU parece sumirse cada vez más profundamente en un nuevo conflicto en Asia, quizá imposible de ganar. Desde 1979, cuando el Kremlin de Brézhnev y la Administración de Carter en Washington tomaron las fatales decisiones que condujeron a la invasión de Afganistán y a los mecanismos de resistencia a esa invasión, el mundo ha venido sufriendo, y aún sufre, sus consecuencias. Desde Peshawar, Islamabad y Kabul a El Cairo, Jartum, Argel, Moscú, Asia Central, el este de África, Filipinas y por último Nueva York en

*En su nueva
guerra contra
el terrorismo,
EEUU parece
sumirse cada
vez más
profundamente
en un nuevo
conflicto en
Asia, quizá
imposible
de ganar*

septiembre de 2001, el rastro de los veteranos de guerra afganos ha sido dilatado y sangriento. Se podría argumentar que al invadir Afganistán en diciembre de 1979, la Unión Soviética de Leonid Bréznov y sus camaradas del Politburó se habían condenado. Los historiadores podrían decidir que ése no fue el pecado original, sino más bien el pecado final, y postrero error, de una agonizante Unión Soviética, predecesora de una Rusia renacida que aspira a instaurar alguna forma de capitalismo y democracia. Ahora, a comienzos del siglo XXI, es, al menos temporalmente, aliada de EEUU en su batalla común contra los islamistas radicales, antiguos aliados de los estadounidenses frente al adversario comunista. Lo que hizo la invasión soviética de 1979 fue dar a EEUU motivos para emprender una cruzada, llevada a cabo por afganos y mercenarios musulmanes extranjeros, que luego se volvieron contra sus empleadores y benefactores. En el nuevo siglo, el mundo seguirá experimentando ese rebufo, que entró en un crescendo en el invierno de 2000-2001 con los sucesos de Nueva York, Washington y el sur de Asia.

Tal vez futuros Gobiernos, ya sean de EEUU, Gran Bretaña, Rusia o naciones menos poderosas e influyentes, aprendan esta importante lección histórica de finales del siglo XX: cuando uno decide ir a la guerra contra el enemigo del momento, hay que echar antes un vistazo a la gente que uno escoge como amigos, aliados o combatientes mercenarios. Hay que comprobar si esos aliados han desenvainado ya sus dagas y si éstas apuntan contra nuestras espaldas.

Las lecciones de la guerra

La campaña estadounidense de bombardeos, iniciada el 7 de octubre de 2001 con cierto grado de participación británica, fue un comprensible acto de indignada frustración —exitoso en términos militares— que, aún siéndolo, tenía un propósito determinado, por lo sucedido en Nueva York y en Washington un mes antes. Los triunfos militares contra los talibán dejaban abierto el dilema político: ¿podían todos los caballos y los hombres del rey recomponer la destrozada entidad política de lo que en tiempos había sido una especie de país?

El Gobierno de George Bush tendría que haber capitalizado la oleada inicial, sin precedentes, de conmoción internacional y solidaridad con las víctimas. En primer lugar, debiera haber instado a todos los Gobiernos, incluso a los remotamente involucrados, a realizar un gigantesco esfuerzo para imponer la ley persiguiendo y capturando a los criminales. Debíó pedirse a Naciones Unidas —cuyo secretario general Kofi Annan, había sido tildado de “criminal” en uno de sus arranques de cólera televisados por Osama Bin Laden— que encabezara este esfuerzo a escala mundial, correctamente percibido por el presidente Bush, Annan y muchos otros como una “amenaza para la existencia de la sociedad internacional civilizada”. La concordancia en lo fundamental por parte de Rusia — que ofreció a EEUU el uso de bases cercanas a Afganistán situadas en las antiguas Repúblicas soviéticas musulmanas que rodean al país—, y de la aliada de estos en la guerra santa de 1979-89, China, que les brindó al menos su apoyo moral, constituía una extraordinaria oportunidad para emprender una campaña

mundial de este tipo patrocinada por la ONU. Tanto Rusia, enfrentada a la rebelión musulmana de Chechenia, como China, enfrentada a las belicosas tribus musulmanas iugures de Xinjiang, en el lejano oeste del país, tenían sus propios y candentes motivos para oponerse a Bin Laden y los talibán, a los que ambas naciones acusaban de ayudar a sus adversarios.

En el invierno de 2001-2002 aún había tiempo para lograr que el Consejo de Seguridad de la ONU, dominado por el triunvirato EEUU-Rusia-China, desarrollara un protocolo o un código internacional que definiera y regulara la acción política violenta y criminal, tal vez rehuendo el uso de la palabra “terrorismo”, que siempre evoca el conocido cliché de que “el terrorista de unos es el luchador por la libertad de otros”.

Con el respaldo de la autoridad de Naciones Unidas y en ausencia de una campaña de bombardeos contra Afganistán, EEUU podría convencer, y quizá poner de su lado, a naciones menores como Irán, Siria y Libia, a las que tan a menudo hemos acusado de “albergar” terroristas, y quizá obtener su apoyo real. Suponiendo que Bin Laden no haya encontrado asilo en algún Estado marginal o fuera de la ley como Somalia, opino que hay posibilidades razonables de que acabe siendo entregado a la justicia y conducido ante un tribunal internacional, en vez de ante los tribunales estadounidenses que han juzgado, tanto en su propio territorio como en el extranjero, a otros terroristas involucrados en los ataques de la década de 1990 contra EEUU. A finales de 2001, EEUU se disponía a encarcelar a los prisioneros de la guerra afgana en la gran base estadounidense de Guantánamo, en Cuba. Se habló seriamente de organizar tribunales militares estadounidenses para juzgar a los sospechosos de terrorismo y a sus líderes.

Un gesto imaginativo y de gran alcance sería una iniciativa estadounidense para impulsar un nuevo esfuerzo para el desarrollo, una especie de “Plan Marshall” a escala mundial, rehuendo el término, hoy peyorativo, de “globalización”. Su objetivo sería paliar algunos de los terribles problemas económicos, medioambientales y sanitarios que han generado pobreza y miseria crecientes; al fin y al cabo, causas fundamentales del terrorismo. Junto con esto habría que ejercer presiones reales sobre algunos amigos y aliados de EEUU —entre ellos y especialmente sobre Arabia Saudí— para que resuelvan los problemas de derechos humanos que hay en todo el mundo, de los que los abusos en el Afganistán de los talibán son sólo la expresión más extrema.

Por último, pero no por ello menos importante para quienes llevamos la mayor parte de nuestra vida dedicados a Oriente Próximo —y la verdad sea dicha, creo que para el resto del mundo—, los Gobiernos de EEUU, presentes y futuros, deberían hacer un esfuerzo concertado para resolver definitivamente el problema de Palestina e Israel de un modo justo y equitativo para ambas partes. Al igual que hizo la Unión Soviética de Stalin, EEUU presenció y aprobó la creación de Israel en 1948. El mundo árabe (y no sólo los palestinos) la consideraron, colectivamente, una violación de la promesa del presidente Franklin D. Roosevelt en 1944 al rey Abdelaziz ibn Saud de no cambiar el estatuto del mandato británico en Palestina sin consultar primero a los árabes. Da lo mismo. Israel, por supuesto, como necesario y eterno refugio para los supervivientes de los nazis y sus herederos, nunca desaparecerá. Pero como único Estado nacional importante que ha insistido en

*Los Gobiernos
de EEUU
deberían hacer
un esfuerzo
concertado
para resolver
definitivamente
el problema de
Palestina e
Israel de un
modo justo y
equitativo para
ambas partes*

mantener, desde hace dos generaciones, la ocupación militar del territorio de otro pueblo, Israel no está alineado con la mayoría de la comunidad mundial, y sólo encuentra un apoyo sin fisuras en EEUU.

En octubre de 2001, Yasir Arafat y sus consejeros rechazaron indignados la demagógica pretensión de Bin Laden de que también él combatía a su lado en aras de una Palestina liberada. Bin Laden había comprendido que la causa palestina era, con mucho, la más popular entre los mil millones o más de musulmanes y árabes del mundo, e intentó alzar su propia bandera junto a la de Palestina como adalid de la "liberación" de Jerusalén. Arafat y su Autoridad Palestina rechazaron con vehemencia semejante pretensión, desautorizando la violencia de *Al Qaeda* y renunciando a su apoyo.

El debilitado liderazgo palestino de Arafat, o el de los israelíes en torno a Ariel Sharon o algún otro primer ministro israelí, pueden no estar a la altura de la tarea por la que el autor, John K. Cooley, abogaba en su libro, *Green March, Black September* (Marzo verde, septiembre negro), en 1972: un acuerdo sobre el establecimiento y la creación de hecho de un Estado árabe palestino. Hace ya muchos años que esa aspiración figura en los sueños del pueblo palestino, tanto entre los musulmanes como entre los cristianos, así como en los de muchos judíos conscientes, y es misión de EEUU despejar el camino. Necesariamente, deberá mediar para alcanzar, y de ser preciso imponer, dicha solución, al ser ésta la única que puede garantizar la seguridad futura del pueblo de Israel, de los árabes palestinos y de los pueblos de toda la región.

Coincido con el lector que opine que se trata de una agenda en exceso ambiciosa, pero no creo que sea una "misión imposible". Y creo además que si se intenta poner en práctica seriamente, la segunda guerra de Afganistán en una generación, que como otras que la precedieron ha costado miles de vidas y miles de millones de dólares, podría restituir algo la esperanza y la estabilidad que guerras anteriores, tanto santas como profanas, no consiguieron llevar al pueblo afgano.